

# “EN AQUELLAS COSAS EN LA QUE YA NO ESTÁ EL CORAZÓN, LA MANO NUNCA ES PODEROSA”

Gabriel Gabriele

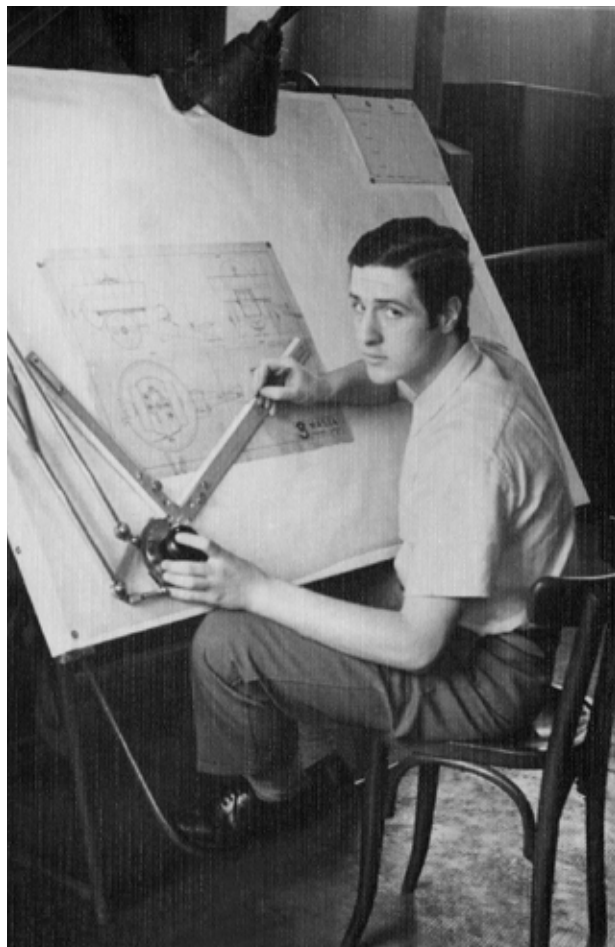
## Los orígenes

**M**i padre, Juan Eduardo Gabriele, nació el 31 de marzo de 1939, en Argentina, en una familia de ascendencia italiana.

Hijo de un peluquero y una costurera de Floresta, desde chico tuvo que salir a trabajar para ayudar en la economía familiar.

A los doce años, empezó en una fábrica de jaulas para pájaros. Después, pasó a la tornería del barrio. A los dieciséis, entró en Establecimientos Metalúrgicos Massa, una importante fábrica de máquinas para la construcción. Comenzó rectificando pistones para motores a explosión y como dibujante en la oficina técnica al retirarse. Trabajó entre el '54 y el '58 y descubrió allí su vocación por el diseño y la construcción de máquinas.

Tras recibirse de técnico mecánico en la Escuela Industrial de la Nación N° 4, de Floresta, pasó a SIAM electrodomésticos. Siempre comentaba con admiración que él vio a una fábrica de electrodomésticos convertirse en una automotriz. Y



Eduardo. Su primer trabajo como dibujante en “Establecimientos metalúrgicos Massa”. Año 1955.



Oficina Técnica de "Siam - Di Tella". Eduardo arriba a la izquierda, con delantal. Año 1959.

contaba, orgulloso, que había colaborado en el primer plano del famoso Siam Di Tella.

Tras algunos años en SIAM, en el '62 pasó a Casa Denk BOEHLER, filial Argentina de una usina de aceros especiales austríaca. Allí trabajó en la oficina técnica de la división de hornos industriales, junto con dos proyectistas mecánicos: Héctor Lazzari y José Gómez.

En el '69, con esos colegas, decidieron emprender su propia aventura industrial y crearon Thermax Argentina.

## **Haciendo industria**

En la década del '60, Argentina experimentó un fuerte período de crecimiento de las inversiones de automotrices. Las terminales requerían un cambio en la tecnología de los tratamientos térmicos, lo que representaba una oportunidad para los fabricantes de hornos.



Agustina mi hija, visitando la oficina del abuelo Eduardo en "Thermax Argentina". Año 1996.

Instalaron una oficina técnica en la calle Alsina. Luego se mudaron a un taller en Tellier y Directorio. Después, a una planta de 2100 m<sup>2</sup> en Lomas de Zamora.

Llegaron a tener un plantel de setenta empleados, con un importante departamento de ingeniería, que fabricaba sofisticados hornos a medida. Por sus conocimientos y desarrollo en la industria, los fundadores estaban muy avanzados en el aspecto técnico y eran muy especialistas en su negocio. Leían revistas del exterior para mantenerse actualizados. Realizaron grandes esfuerzos y no dudaron en asumir los riesgos de desarrollar e integrar sus construcciones con componentes y mano de obra nacional.

## **Segunda generación**

Nací el 18 de diciembre de 1965 en Buenos Aires, hijo de Juan Eduardo Gabriele y Mirta Fanesi. Tengo una hermana seis años menor, Silvina.

Estudié en el mismo colegio industrial que mi padre, donde me recibí de electrotécnico. Luego, hice distintos cursos de especialización orientados a la especialidad.



En la planta de "IPH". Desde la izquierda: Juan Percossi, Eduardo, Rodolfo Albergati, dos visitantes del exterior y German Menne. Año 2005.

Durante las vacaciones de la secundaria, iba a la fábrica. Comencé ordenando y limpiando el almacén de materiales. También me ocupaba de las tareas menores de mantenimiento. Por la tarde, era el cadete de la oficina técnica realizando las copias heliográficas de los planos.

Tiempo después, me incorporé formalmente. Empecé como dibujante en la oficina de ingeniería. Progresivamente, fui asumiendo mayores responsabilidades hasta que llegué a gerente general. A mediados de los '90, decidí que necesitaba emprender mi propio camino industrial.

## Una nueva etapa

Fundé Mega Ingeniería con una oficinita en la terraza de mi casa de Floresta. Como no teníamos dos líneas de teléfono, cuando sonaba en horario comercial, había que decir: "*Mega Ingeniería, buenos días*". Luego, mudé la oficina a la casa de mis abuelos paternos.



Eduardo y equipo, en la oficina de diseño. Año 2012.

También, como mi padre, centré mi empresa en la fabricación de hornos industriales. Al principio, realizaba algunos trabajos para Thermax. Luego, a otros clientes.

A fines de los '90, a medida que se agudizaba la crisis, se paralizó la demanda de hornos. Con un amigo, empezamos a producir cabinas de insonorización aplicadas en grupos electrógenos. Para esta nueva actividad creamos Teknoaustral.

Thermax, la empresa de mi padre y sus socios, finalmente cerró. Él, a mi pedido, vino a trabajar conmigo, empezando otra vez de de cero. El 2001 fue una época tremenda, pero teníamos una estructura pequeña que nos permitió resistir.

## **Teknoaustral, hoy**

Con el tiempo, cuando la demanda de tratamientos térmicos volvió a reactivarse, nos concentramos en la fabricación de hornos, dejando la actividad de insonorización.



Eduardo en la sala de reuniones. Con Francisco San Martín, compañero del Industrial N°4. Un amigo “de acero”. Año 2011.

El buen nombre de mi padre en la industria nos permitía conseguir clientes y tener crédito con los proveedores.

A partir de 2003, empezamos a remontar. Negociamos un contrato muy importante con la firma IPH, pero nuestro galpón era muy pequeño y no contaba con el tamaño adecuado para fabricarlo.

Juan Percossi confió en nosotros, dándonos el trabajo y prestándonos el espacio que necesitábamos para construir el horno de ellos. Las dimensiones del horno eran tales que no pasaban por la puerta de nuestro taller. Esa obra nos permitió crecer mucho. Nunca olvidaremos el voto de confianza de Juan Percossi.

Con recursos propios y dinero prestado, compramos un galpón de 700 m<sup>2</sup> en Lomas del Mirador. No estaba en las mejores condiciones, pero lo reparamos por completo. Aquí también tengo mucho que agradecerle a Francisco, un compañero de estudios de mi padre, un “amigo de acero” que nos dio lo que nos faltaba para conseguir la propiedad.

Con Agustina en la recepción.  
Mi mano derecha. Año 2016.



Me emociona recordar que no quiso que le firmara nada. Me dijo *“llevate la plata y andate”*. Es reconfortante tener amigos que confían en la palabra.

Tuvimos nuestro mejor tiempo entre 2004 y 2008, período en que llegamos a tener veinticinco empleados y gran cantidad de obras en simultáneo. También fue una época en que desarrollamos el comercio exterior y llegamos a exportar a Uruguay y a México.

Vemos un panorama complejo hacia el futuro. La mitad del valor de nuestro producto es mano de obra. La interpretación de las leyes laborales de Argentina es muy desfavorable para la producción. En una casa, el que pone límites es el padre. En un país, debe ser la justicia.

Cuando eso no ocurre, el país se empobrece.



Patricia, mi esposa. Pocas cosas hubiera logrado sin su ayuda. Año 2014.

## **El futuro**

Con mi esposa Patricia, tenemos una hija, María Agustina, de veinticinco años.

Trabajar con Agustina y el apoyo de Patricia me ha permitido crecer mucho y resistir en los momentos difíciles. Saber que uno no está solo te permite continuar avanzando aún en condiciones complejas.

Cuando no trabajo, me gusta leer. Y como soy hombre de fe, dedico buena parte de mi tiempo libre como voluntario en una actividad religiosa. Me gusta dejar un mensaje de esperanza a mis vecinos. Eso me da estabilidad espiritual en un mundo con tantos problemas de todo orden.

Mi padre murió en septiembre de 2014. Fue un apasionado de la industria. Cuando estuvo con sus socios, mantener la fábrica en funcionamiento le costó



su patrimonio. Le gustaba tanto lo que hacía que jamás reparó en que se estaba desprotegiendo. Pero no tenía el foco puesto en lo material.

De chico, ya empecé a vivir y a vislumbrar lo que era la vida de un industrial. En 1982, con la crisis de Martínez de Hoz, mi padre tuvo que vender propiedades para mantener la empresa. En el '89, con la hiperinflación de Alfonsín, se desprendió de unos campos. En el año 2001, perdió el resto de su capital.

Hoy, la imagen de mi padre me sigue enseñando tantas cosas. Dos semanas antes de morir, gravemente enfermo, en su casa seguía dibujando un horno. Quería seguir mejorando los productos.

Esa actitud de mi padre en sus momentos finales me habla de la industria como una pasión que no se extingue, que permanece intacta hasta el último instante.